

DERECHOS HUMANOS: UN TESTIMONIO EJEMPLAR



Libro "Democracia y derechos humanos", de Jaime Castillo Velasco, documenta toda una trayectoria de lucha en defensa de los derechos del hombre durante estos años duros del autoritarismo.

Andrés Aylwin Azócar

Porque trasciende al comentario "literario" y se proyecta como un documentado homenaje a la tarea cumplida en estos tiempos por la Comisión Chilena de Derechos Humanos, la Revista de CIEPLAN incluye, a continuación, una versión parcial de la presentación del abogado Andrés Aylwin al libro "Democracia y derechos humanos", de Jaime Castillo, de reciente aparición.

El libro que hoy presentamos, "Democracia y Derechos Humanos", es una pequeña síntesis de la conmovedora lucha de Jaime Castillo en defensa del hombre y su dignidad a partir del 11 de Septiembre de 1973. En él se recopilan escritos, artículos publicados en diarios o revistas, nacionales o extranjeras (o no publicadas en ninguna parte); documentos dirigidos a la autoridad... Al volver a leer todos estos escritos y documentos resulta impresionante constatar el testimonio permanente, y a veces solitario, de Jaime Castillo, levantando su voz y reclamando por cada abuso de la autoridad; afirmando los principios aún en los momentos de mayor riesgo y oscurantismo; pulverizando con palabras y conceptos cualquier pretensión de justificar doctrinaria o jurídicamente la posibilidad de que un ser humano pueda, por sus ideas, ser vejado en su libertad, integridad física o dignidad.

En este libro muchas personas se reencontrarán con una parte importante de la triste historia de estos años. Tiempos de oscurantismo, persecución de ideas, torturas, comunicaciones prolongadas, asesinatos, desaparecimiento de personas, silencios incomprensibles. En verdad,



horrible historia que sólo daría lugar para la amargura y la desesperación si no hubieren existido también gestos y testimonios, como el de Jaime Castillo, que al afirmar la dignidad del hombre aún en los momentos más difíciles, no sólo se salvaron ellos como personas individuales sino que reivindicaron, también, al Hombre mismo como sujeto capaz de escribir otra historia diferente, más digna y más bella.

Democracia y Dictadura

En todos los escritos, artículos y documentos de Jaime Castillo no encontraremos jamás la argumentación con que, a veces, la "pseudo-intelectualidad" trata de justificar lo indefendible. Por el contrario, toda la doctrina de los derechos humanos o la democracia se apoyará reiteradamente en una sencilla fundamentación ética, propia de un "maestro". Así dirá en un artículo: "la noción de los Derechos Humanos no es sino la traducción jurídica de una cierta filosofía sobre el hombre y la Sociedad; ésta consiste en afirmar que todo ser humano es persona, es decir, alguien

digno de ser respetado y amado independientemente de toda condición y aún a pesar de su propia conducta; proceder de otra manera es para la humanidad caer en su propia negación". Y agrega: "La Democracia es la dignificación de los valores superiores; la Dictadura es la negación de esos mismos valores".

Frente a definiciones tan categóricas no deberá extrañarnos que Jaime jamás se dirija a una autoridad en términos suplicantes tratándose del exilio, la tortura, o cualquier otra violación a los derechos humanos. Simplemente llamará y exigirá a la autoridad el cumplimiento de sus obligaciones. Y es así como, en carta al Ministro del Interior, le dirá tajantemente "nadie tiene el derecho a privarlo a Ud. del derecho a vivir en su patria y en su hogar; pero Ud. tampoco tiene ese derecho contra otras personas". En la misma forma dirá al Ministro de Relaciones Exteriores "su Ministerio comete una actividad indigna de su tradición". Por su parte, tratándose del Poder Judicial, lo instará con vehemencia a "defender a la gente atropellada y a respetarse a sí mismo cumpliendo con sus obligaciones". ¡Bella lección de coraje moral en la defensa de derechos inalienables que están por sobre gobernantes o jueces!

"Tengo derecho"

Hay, en la lucha de Jaime Castillo, una cierta forma hermosa de expresarse, que acompañada por la fuerza de sus ideas, ubica la defensa por los Derechos Humanos en los deslindes de una verdadera expresión artística. Así, por ejemplo, tratándose del derecho de las familias de los "detenidos-desaparecidos" a saber la verdad, dirá dramáticamente: "No están en su casa. No están en la cárcel. No están en una tumba conocida para la familia. Son los desaparecidos. Ninguna razón de Estado puede privar a las familias del derecho a saber lo que ocurrió con ellos. Esta no es una conclusión legal o intelectual. Es un hecho humano y basta".

Capítulo importante en este Libro que hoy se entrega a la opinión pública, es la lucha de Jaime Castillo en contra del "exilio". ¡En contra de su propio exilio! Y así como nos impresionará su fé en el derecho, en la razón, en los argumentos jurídicos y morales reiteradamente expresados, nos conmoverá aún más hondamente el recuerdo de Jaime Castillo sacado a golpes de su Oficina para ser conducido fuera de su Patria y, así, vejado y lesionado, defendiéndose agarrado inútilmente de una reja. Nos dirá entonces: "Tengo el derecho a no seguir a mis secuestradores; no estoy obligado a seguir órdenes por la sola circunstancia de que debiera suponer que pertenecen a la DINA. Esta Institución no manda en mi vida, como no manda en la vida de ningún ciudadano. Tengo el derecho a no obedecer a un asaltante que me presiona cometiendo varios delitos: violación de domicilio, maltrato y lesiones corporales, arresto ilegal y secuestro". En estas dramáticas palabras vemos una profunda definición conceptual y moral que muchas veces no percibimos en su verdadera dimensión: no son delinquentes, en este país, los que expresan ideas o se organizan para defenderlas; los que sí lo son, son aquellos que impiden la expresión del pensamiento humano y rompen con toda una hermosa tradición democrática que nos enorgullecía y pres-igiaba.

Días de inconsecuencia

Estamos, en síntesis, frente a un libro profundamente didáctico que nos entrega una dramática y necesaria lección moral y nos transmite un hermoso mensaje de fé en el hombre, como ser digno, respetable y res- petado.

En este aspecto, creemos importante hacer un recuerdo y revivir aquellos días entre 1970 y 1973, en que un sector mayoritario e influyente de la intelectualidad chilena se sintió conmovido hasta en sus entrañas ante la mera posibilidad de que en

Chile pudiera estructurarse una Institucionalidad en que no se res- petaran los derechos fundamentales del hombre. Nos parece sentir la emoción y el dolor con que esa "intelectualidad" reaccionaba ante cualquier pequeño rasjuño, o frente a algunos minutos de arresto de cualquier joven en una Comisaría. Igualmente nos parece escuchar las bellas fundamentaciones doctrinarias sobre los Derechos Humanos hechos por esas mismas personas en foros radiales o televisivos. Sin embargo, cuando a partir del 11 de Septiembre de 1973 se desencadenaron los peores atropellos a la dignidad humana, el 80 por ciento o más de esas personas se fueron a sus casas, se dedicaron a ganar dinero y guardaron un silencio cómplice. Peor que ello, algunos de los "humanistas" más destacados se convirtieron en asesores del Gobierno, teóricos de la Dictadura o defensores del asesinato y desaparecimiento de personas aún en los foros internacionales.

En aquellos días tristes, también el Poder Judicial debía poner su importante cuota de inconsecuencia rechazando sistemáticamente todos los recursos de amparo o peticiones en favor de las personas ultrajadas, olvidando que así como nadie tiene el derecho de negar un pedazo de pan

